
3 1761 05115185 0





LA CASA DEL PECADO



LA CASA DEL PECADO

POESIAS

DE

FRANCISCO VILLAESPESA



BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Calle de Mallorca, núm. 166

Buenos Aires, Maucci Hermanos, Sarmiento, 1057 al 1065


CLAVELES ROJOS



CLAVELES ROJOS

I

¡Por esas sonrisas que son cual cuchillos
que su filo esconden entre los rosales
de tus labios rojos como los corales
en que se desangran tus áureos zarcillos;

por esas miradas que son cual puñales
que entre las tinieblas ocultan sus brillos,
me veré en la Audiencia, cargado de grillos,
sentado al banquillo de los criminales!

Si a prisión me mandan, pediré a mis jueces
que mi cuerpo encierren en las lobregueces
de tus grandes ojos, y si es ley que muera,

por morir esclavo de tu amante yugo,
—¡Ahórcame—en el palo, le diré al verdugo
con los negros rizos de su cabellera!

II

Ante un crucifijo postrado de hinojos,
mientras las saetas aullaban su canto,
enlutada y pálida, te vieron mis ojos
rezar tus plegarias, en el Jueves Santo.

Sangraba la herida de tus labios rojos;
y sobre tu seno, cruzadas de espanto,
tus manos de nieve eran cual manojos
de místicos lirios bañados en llanto!

Abrazada al leño, triste y lacrimosa,
a Jesús besabas, allí donde abría
la llaga de un clavo su sangrienta rosa...

¡Porque tus piadosos labios me besaran
con la unción que a Cristo, no me importaría
que en su propio leño me crucificaran!

III

Cuando entre tus labios su dolor destila
el escalofrío de una carcelera,
yo no sé qué pena baña tu pupila,
yo no sé qué angustia te estremece fiera,

que todo tu cuerpo retiembla y vacila,
como si de pronto sucumbir quisiera
de dolor, envuelto en la Primavera
de tu luminoso mantón de Manila!

Yo, oyendo la copla y viendo tu cara,
oculto en las manos la cabeza para
ahogar en mis labios mi propio sollozo...

¡Ay, porque presienten mis negros desvelos
que en tu amor pensando, morderé de celos
las obscuras rejas de mi calabozo!

IV

Tiende el plenilunio sobre el jazminero
que en la clara alberca su blanco retrata,
como una lujosa capa de torero
de raso celeste bordada de plata.

Tu guitarra rasga el silencio... Un fiero
resplandor de odio tus ojos dilata,
y hay en tus sonrisas como un fino acero
que entre rosas brilla y entre rosas mata!

Igual que una esclava sumisa y sonora
que siempre realiza tus locos anhelos,
la guitarra ríe, canta, gime y llora;

y siguiendo el ritmo de tus sueños vanos
se rompe de angustia y estalla de celos...
¡Mi alma es como una guitarra en tus manos!

V

Cuando a los repiques de las castañuelas,
ingrávida y ágil a bailar te lanzas,
diríase que esculpes y en tu ser modelas
todos los lascivos giros de las danzas.

Ya entornas los ojos y te aterciopelas;
ya agitas las trenzas y pálida avanzas...
De tus castidades tiemblan las gacelas,
y rugen los tigres de mis esperanzas!

Aunque entre damascos tu cuerpo aprisiones
y aunque en su pureza tenga tus facciones
de una estatua antigua la celeste calma,

tan profundo y lúbrico furor te estremece,
tal ansia te encrespa, que al danzar, parece
que danzas desnuda de cuerpo y de alma!

VI

Entre las macetas de albahaca asomas
la viva y ardiente flor de tus sonrisas;
y como embriagadas por tantos aromas
temblando en tus labios se duermen las brisas.

Cantando entre dientes el espejo tomas
y tu tenebrosa cabellera alisas,
mientras arrullándose, dos blancas palomas
arrastran sus alas sobre las cornisas.

Entre los encajes con que te recamas
se va deshojando una rosa roja,
poco a poco, en lentas lágrimas de llamas...

Y a mis ansias digo, de amargura lleno:
—¡Oh, quien fuera esa flor que se deshoja,
para desangrarse de amor en su seno!

VII

Dí, ¿recuerdas cuando tan juntos vagamos
que de nuestros cuerpos uno solo hicimos,
y en el mismo lecho juntos nos dormimos
y en la misma copa nuestra sed saciamos?

Vivimos unidos como dos racimos
que enredados cuelgan de los mismos ramos...
A fuerza de besos juntos maduramos,
y en las mismas penas vendimiados fuimos!

Juntas se secaron tu ropa y la mía...
Y hoy, si nos hallamos en la misma vía,
sin que nuestras ropas siquiera se rocen,

pasamos de largo, sin decirnos nada,
sin una sonrisa, sin una mirada,
como dos extraños que no se conocen!

VIII

En el rojo fondo del mantón de seda
que en sus llamaradas envuelve el tesoro
de ese cuerpo donde mi ilusión se enreda
y cuyas piedades sollozante imploro,

arde y se consume toda una arboleda
de irisados pájaros y rosas de oro...
Atada a sus flecos mi vida se queda,
y en cada uno de ellos mis tristezas lloro!...

¡Ay, que me amortajen cuando yo sucumba
con tu luminoso mantón de la China,
porque así a lo menos llevaré a la tumba,

para recordarte en mi eterna pena,
ese olor a albahaca, nardo y clavellina
que al danzar exhala tu carne morena!

EN EL TEMPLO DEL VICIO



EN EL TEMPLO DEL VICIO

I

La jaula del canario limpia Flora,
Sara sobre un sofá yace tendida,
dejando ver su carne pecadora
a través de la bata descosida.

Conchita peina a Elena. La señora,
con su mano enjoyada y presumida
acaricia a una gran gata de Angora
en su falda de raso adormecida.

Cose Amelia, a la luz de la ventana.
Los compases de un tango marca Juana
que Luz sobre la mesa golpetea,

mientras, llevando un cubo, la Felisa,
desgreñado el cabello y en camisa,
por el largo pasillo chancletea.

II

Un lecho y un lavabo; cuatro sillas...
El quinqué de petróleo se consume,
y atufa el aire un híbrido perfume
de opopónas, jabones y colillas.

Tú te vas desnudando, no por vicio,
sino con esa indiferencia muda
de la que sabe que quedar desnuda
a los ojos de todos es su oficio.

Yo, acallando mis ansias sensuales,
pienso—puesta la sien sobre la mano—
con cierto dejo de melancolía,

en esas planchas de los hospitales
donde el alumno sobre el cuerpo humano
practica su lección de Anatomía!...

III

A pesar de su risa y su alegría,
de su bondad y de su eterno agrado,
tienen sus ojos la melancolía
de un temeroso pájaro enjaulado.

Es la cigarra loca del encierro.
Como una niña canta, ríe y juega,
con esa dócil sumisión del perro
que va a lamer la mano que le pega.

Al beso y al placer su labio incita.
Mas al quedarse sola, sollozante
se agita de dolor desesperada...

¿Qué habrá sido de aquella viejecita
que dejó, al escaparse con su amante,
en su lecho de enferma abandonada?...

IV

Sara es viciosa. Su pupila obscura
de incitantes promesas es venero...
Bebe como un tudesco, y fuma y jura
con el canalla argot de un marinero.

Su placer es violento. Besa, muerde
y grita, y al final de la batalla,
muere su voz y hasta la vista pierde
y en nerviosos ataques se desmaya.

¡Oh, jilguero embriagado de alegría,
nadie te vió llorar!... Tan sólo un día
furtivo llanto se asomó a tus ojos

y tu mirada se perdió en el cielo,
viendo dos hilos de tu sangre rojos
temblando en la blancura de un pañuelo!...

V

Se llama Flora, Margarita, Elena...
La verdad no la sabe ningún hombre,
que al entrar al burdel, casi sin pena,
quiso en sus puertas olvidar su nombre.

Entre las otras se destaca fino
su perfil melancólico, oro y nieve...
No fuma nunca, y raras veces bebe,
porque dice que tiene muy mal vino.

Pero hay momentos en que ríe loca,
mientras el llanto tiembla en sus pestañas,
y entonces una copa no rehusa...

Un recuerdo asfixiante la sofoca...
¿Qué será de la flor de sus entrañas
arrojada en el torno de la Inclusa?...

VI

Al sacrificio del amor me apremia
tu charla; obscenidad y picardía,
con su sal y pimienta de poesía.
mezcla de lupanar y de bohemia,

Siguiendo el ritmo de tu cigarrillo,
lanzas a media voz esas canciones
que rasga por la tarde el organillo
bajo el pequeño abril de tus balcones!

De súbito te calas mi sombrero,
y el impudor de un tango callejero
en tu lasciva ondulación revelas...

¡Cómo tiemblan tus senos y tus flancos
a los compases de las castañuelas!...
Y ¡qué negros tus ojos... y qué blancos!

VII

—¡Déjame!—suspiraste protestando
de mis locos y lúbricos derroches,
y de tus ojos en las negras noches
dos lágrimas de amor miré temblando...

¡Qué bella estabas de pudor llorando!...
Y mi mano, sin miedo a tus reproches,
rasgando cintas y rompiendo broches,
prosiguió tus tesoros buceando!

Y con mis dedos, ágiles y diestros
en estos juegos del amor maestros,
por la impaciencia del placer guiados,

mientras palideciste estremecida
conmoví tus más íntimos teclados
con la canción más dulce de la vida!

VIII

Bajo el ardor de los estivos oros
del cenit, por las mieses amarillas
bramaba, persiguiendo a las novillas,
la encelada lujuria de los toros.

Dormida estaba en el frescor del heno,
bajo la sombra de pomposa parra,
cuando para cantar, una cigarra
buscó un refugio en su desnudo seno.

Por la túnica abierta se veía
la carne palpitar... Mi sangre ardía...
Un sátiro zumbón, la roja furia

de su semblante erótico asomaba
entre el ramaje, y fijo te miraba
rechinando los dientes de lujuria!

IX

Mi mano experta desfloró el encanto
de tus virginidades de novicia,
y en la nocturna soledad propicia
tu voz era un sollozo ahogado en llanto.

Por fin, mis labios suplicaron tanto
que te entregaste... Un beso... Una caricia..,
Y avergonzada de nuestra impudicia,
la sombra de la noche se hizo manto!

Se poseyeron en un centelleo
fugitivo de luz nuestras miradas,
y nuestros brazos fueron en la furia

desbordante de savias del deseo,
dos hiedras confundidas y enlazadas
al arbol inmortal de la Lujuria!

X

La sabia mano a cuyo tacto ardiente
vibra la carne como un instrumento,
prolongó la agonía del momento
en una languidez intermitente...

¡Oh, el cálido contacto de tu frente!
¡Oh, tu dorso desnudo y opulento
echado sobre mí, como un sediento
sobre la superficie de una fuente!

Mis besos perfumaron el vacío
de un húmedo y mortal escalofrío...
Y bajo tu melena estremecida

en un áureo manojo de serpientes,
sentí sangrar y sucumbir mi vida,
entre el canibalismo de tus dientes!

XI

Con tu obscura mirada desafías!...
Su luz quema los huesos muerde y besa,
y se nutre como una vampiresa
con la sangre de nuestras agonías!...

Inquisición de amor!... Y tus sombrías
pupilas, en su fondo, tienen esa
perversidad senil que flota impresa
en los espejos de las mancebías!...

En su cristal a mi deseo ofreces
—multiplicados en la estimulante
hibridez de sus formas y sus trazos—

todas las convulsivas desnudeces
de ese monstruo carnal y jadeante
de cuatro piernas y de cuatro brazos!

LOS JARDINES DE AFRODITA





LOS JARDINES DE AFRODITA

I

El ritmo, el gran rebelde, me rinde vasallaje,
y cuando quiero ríe, y cuando quiero vuela,
y he domado a mi estilo como a un potro salvaje,
a veces con el látigo y a veces con la espuela.

Conozco los secretos del alma del paisaje,
y sé lo que entristece, y sé lo que consuela,
y el viento traicionero y el bárbaro oleaje
conocen la invencible firmeza de mi vela.

Amo los lirios místicos y las rosas carnales,
la luz y las tinieblas, la pena y la alegría,
los ayes de las víctimas y los himnos triunfales.

Y es el eterno y único ensueño de mi estilo
la encarnación del alma cristiana de María
en el mármol pagano de la Venus de Milo.

II

Te vi muerta en la luna de un espejo encantado.
Has sido en todos tiempos Elena y Margarita.
En tu rostro florecen las rosas de Afrodita
y en tu seno las blancas magnolias del pecado.

Por ti mares de sangre los hombre han llorado.
El fuego de tus ojos al sacrilegio incita,
y la eterna sonrisa de tu boca maldita
de pálidos suicidas el infierno ha poblado.

¡Oh, encanto irresistible de la eterna Lujuria!
Tienes cuerpo de Angel y corazón de Furia,
y el áspid, en tus besos, su ponzoña destila...

Yo evoco tus amores en medio de mi pena...
¡Sansón, agonizante, se acuerda de Dalila,
y Cristo, en el Calvario, recuerda a Magdalena!

III

Hay rosas que se abren en selvas misteriosas
y mustias languidecen, nostálgicas de amores,
sin que haya quien aspire sus púdicos olores...
¡Hay almas que agonizan lo mismo que esas rosas!

Las mariposas tienden sus alas temblorosas
y en alegría loca de luces y colores,
ebrias de amor expiran en tálamos de flores...
¡Hay vidas que se acaban como esas mariposas!

«¡Oh, púdicas vestales! ¡Oh, locas meretrices!
¿Quiénes son más hermosas? ¿Quiénes son más felices?»
Los hombres preguntaron, en una edad lejana,

a un Fauno que en las frondas oculto sonreía...
Hace ya muchos siglos... Y en la conciencia humana
el Fauno, a esa pregunta, sonríe todavía.

IV

Soy un alma pagana. Adoro al dios bifronte
y persigo a las ninfas por las verdes florestas,
y me gusta embriagarme en mis líricas fiestas
con vino de las viñas del viejo Anacreonte.

¡Que incendie un sol de púrpura de nuevo el horizonte;
que canten las cigarras en las cálidas siestas,
y que dancen las vírgenes al son del sistro expuestas
al violador abrazo de los faunos del monte!

¡Oh, viejo Pan lascivo!... Yo sigo la armonía
de tus pies, cuando danzas. Por ti amo la alegría
y las desnudas ninfas persigo por el prado.

Tus alegres canciones disipan mi tristeza,
y la flauta de caña que tañes me ha iniciado
en todos los misterios de la eterna Belleza!

V

El cisne se acercó. Trémula Leda
la mano hunde en la nieve del plumaje,
y se adormece el alma del paisaje
de un rojo crepúsculo de seda.

La onda azul, al morir, suspira queda;
gorjea un ruiseñor entre el ramaje,
y un toro, ebrio de amor, muje salvaje
en la sombra nupcial de la arboleda.

Tendió el cisne la curva de su cuello,
y con el ala—cándido abanico—,
acarició los senos y el cabello.

Leda dió un grito y se quedó extasiada...
Y el cisne levantó, rojo, su pico
como triunfal insignia ensangrentada.

VI

De la Grecia y de Italia bajo los claros cielos
en tu honor se entonaron los más dulces cantares,
y ofrecieron las vírgenes al pie de tus altares
las tórtolas más blancas y sus más ricos velos.

Hoy triste y solitaria, en el parque sombrío,
carcomida y musgosa, los brazos mutilados,
bajo la pesadumbre de los cielos nublados
el mármol de tu carne se estremece de frío.

¿Dónde se alzan ahora tus templos, Afrodita?
Ya la Pánica flauta en los bosques no invita
a danzar a los sátiros danzas voluptuosas.

Ha huído la Alegría, ha muerto la Belleza...
No hay risas en los labios y una inmensa tristeza
cubre como un sudario las almas y las cosas.

VII

Enferma de nostalgias, la ardiente cortesana,
al rojizo crepúsculo que incendia el aposento,
su anhelo lanza al aire, como un halcón hambriento,
tras la ideal paloma de una Thule lejana.

Sueña con las ergástulas de la Roma pagana;
cruzar desnuda el Coso, la cabellera al viento,
y embriagarse de amores en el Circo sangriento
con el vino purpúreo de la vendimia humana.

Sueña... Un león celoso veloz salta a la arena,
ensangrentando el oro de su rubia melena.
Abre las rojas fauces... A la bacante mira,

salta sobre sus pechos, a su cuerpo se abraza...
¡Y ella, mientras la fiera sus carnes despedaza,
los párpados entorna y sonriendo expira!

VIII

Para escanciar el vino de mi viña temprana,
Fidias, divino artífice, en marfil y oro puro
modeló fina copa, sobre el más blanco y duro
seno que sorprendiera jamás pupila humana.

Son dos ninfas en arco las asas de esa copa,
y en ella están grabados, entre vides y flores
y sátiros que acechan, los lúbricos amores
de Leda con el Cisne, y el Toro con Europa.

Amada, ¡bebe y bésame! Al destino no temas,
que al borde de la copa rebosante de gemas,
cinceló Anacreonte estos versos divinos

cuyo ritmo el secreto de la existencia encierra:
—Bebe, ama y alégrate mientras sobre la tierra
haya labios de rosas y perfumados vinos.

IX

Con el fervor de un lapidario antiguo,
quiero miniar, a solas y en secreto,
la tentación de tu perfil ambiguo
en las catorce gemas de un soneto.

Para nimbar tu tez blanca y severa,
a modo griego, cual real tesoro,
recogerá tu negra cabellera
sobre la nuca un alfiler de oro.

En líneas escultóricas plegada
la túnica e inmóvil la mirada
con la clásica unción de las flautistas...

La siringa en el labio, y temblorosos
sobre el registro, en gestos armoniosos,
tus dedos enjoyados de amatistas,

X

Para cantar mi mente quiero un verso pagano;
un verso que refleje la cándida tristeza
del azahar, que, trémulo, deshoja su pureza
a las blancas caricias de una tímida mano.

No amortajad mi cuerpo con el sayal cristiano;
ceñid de rosas blancas mi juvenil cabeza,
y prestadme un sudario digno por su riqueza
de envolver a un fastuoso emperador romano.

¡Que abra la cruz sus brazos en negra catacumba!
Yo amo al sol, luz y vida, y quiero que en mi tumba
broten, cual dulces versos, las más fragantes flores.

Y que al son de la flauta y del sistro, en la quieta
tarde, las locas vírgenes tejan danzas de amores
en torno de la estatua de su muerto poeta.

XI

Llueve... En el viejo bosque de ramaje amarillo
y grises troncos húmedos, que apenas mueve el viento,
bajo una encina, un sátiro de rostro macilento,
canciones otoñales silba en su caramillo.

De vejez muere... Cruzan por sus ojos sin brillo
las sombras fugitivas de algún presentimiento,
y entre los dedos débiles el rústico instrumento
sigue llorando un aire monótono y sencillo.

Es una triste música, vieja canción que evoca
aquel beso primero que arrebató a la boca
de una ninfa, en el claro del bosque sorprendida.

Su cuerpo vacilante se rinde bajo el peso
de la Muerte, y el último suspiro de su vida
tiembla en el caramillo como si fuese un beso.

XII

¡Alma mía! Soñemos con la estación florida.
Abril, lleno de rosas, a nuestro encuentro avanza...
El Arte será el último refugio de la Vida
cuando ya no tengamos ni en la Vida esperanza.

No aceptes de otras manos lo que yo pueda darte.
Siembra en tu propia tierra tus futuros laureles...
¡Haz de tus penas mármoles y de tu amor cinceles,
para elevar con ellos un monumento al Arte!

Teje nuestro sudario de mirtos y de flores.
Labremos un sarcófago digno por su riqueza
de encerrar las cenizas de los emperadores.

Y cincela en su lápida nuestra última elegía:
—Aquí yacen dos almas que han muerto de tristeza
llorando las nostalgias de su eterna alegría.

EN EL HAREN





EN EL HAREN

I

Tu nombre es un perfume diluido
en las suntuosidades de esa vida
que soñó mi ilusión y no he vivido.
Evoca pompas, y a soñar convida

con palacios de mármoles triunfantes,
perfumes de incensarios y canciones,
túnicas consteladas de diamantes
y tronos custodiados por leones.

Tu mirada sutil es como un dardo
que hiere el alma de melancolía...
Surges danzando, y en la danza tienes

esa lasciva palidez del nardo
que muere perfumando en su agonía
la lujuria oriental de los harenes.

II

En el centro de un círculo sonoro
de vítores, erótica sonríes,
mientras repican crótalos de oro
tus dedos enjoyados de rubíes.

Teje lúbricas danzas tu ligera
planta sobre el damasco de la alfombra,
y proyecta la negra cabellera
sobre tus hombros un temblor de sombra.

Tus negros ojos el placer irisa
sobre tus vivas palideces y entre
la diabólica flor de tu sonrisa,

en un fugaz y ardiente parpadeo,
mientras crispan el bronce de tu vientre
todos los simulacros del Deseo.

III

Al son de las nubelias, tu pie breve
al borde de la túnica blanquea,
mientras como sutil lirio de nieve
tu talle cimbreador se balancea.

En un gesto de amor, como soñando,
tu mano un nardo del escote arranca,
y te paras de súbito, temblando,
como una inmensa mariposa blanca.

Desfallecen de amor los burcelines;
humo de incienso tu pureza aroma,
y entre un deshojamiento de jazmines,

el blancor de tu velo es una nube
en donde a veces, sonriente asoma
tu rubia cabecita de querube.

IV

Entre un temblor de gasas y de tules
trazan tus pies inconcebibles giros,
mientras deshojan cálices azules
tus dedos enjoyados de zafiros.

Alguna boca inmaterial te besa,
hasta dejar exangüe tu hermosura,
y en la espiral de un sueño de turquesa
se esfuma el claro azul de tu figura.

Bajo tus plantas rápidas e inquietas
deshójanse guirnaldas de violetas;
y a través de los giros de tu velo

fulguran tus pupilas visionarias,
igual que dos estrellas solitarias
en un pedazo del azul del cielo.

V

Bajo una transparencia de esmeralda
la flor de tu belleza se adivina,
y tus flotantes rizos enguirnalda
un húmedo verdor de alga marina.

Tienes danzando así, la luminosa
paz de los verdes bosques seculares,
y la atracción ambigua y misteriosa
de las profundas aguas de los mares.

Seca el laúd su llanto; la viola
se queda en un suspiro extenuada;
fulge tu velo como mar serena,

y entre el temblor verdoso de una ola
aparece de algas coronada,
tu lúbrica cabeza de sirena.

VI

Entre un fasto de púrpuras triunfales
agitas en la danza tus caireles,
los cabellos ornados de corales
y las manos colmadas de claveles.

Entre jardines de corales vaga
tu cuerpo en contracciones de serpiente,
y cual rojo crepúsculo naufraga
en un profundo mar de sangre hirviente.

Lanzan tus ojos trágicos destellos;
y entre las llamas lúbrica sonríes,
mientras en tu sutil mano de artista,

prendida de los ásperos cabellos
se desangra en un llanto de rubíes
la truncada cabeza del Bautista.

VII

Sobre un tapíz de rosas amarillas,
el áureo ensueño de tu velo arde,
mientras, temblando de caricias, brillas
vestida con los oros de la tarde.

Tienes esas fugaces transparencias
de una nube opalina que el sol dora
y bajo las solares refulgencias
en un suspiro de ámbar se evapora.

Y con un gesto de pudor, soltando
por la espalda el cabello de sol lleno,
te detienes inmóvil, ocultando

con la mano el más íntimo tesoro,
y con la diestra reteniendo el seno
como una Venus cincelada en oro.

VIII

Bajo un polvo fugaz de oros extintos
aparece tu imagen imprevista,
ornada de violetas y jacintos
y ceñida de un velo de amatista.

Tus manos, al danzar, esparcen lilas,
y al lascivo temblor de tus caderas
se entornan temerosas tus pupilas
en un morado círculo de ojeras.

En las volubles líneas de la danza,
bajo la luz que en tus ojeras arde
al son del sistro tu silueta avanza,

y se borra después, como entrevista
entre el oro humeante de la tarde
a través de una copa de amatista.

IX

Con un brazo hacia el suelo y otro en alto,
doblada en grácil arco la cintura,
surges, vívida estatua de basalto,
sobre un trágico fondo de negrura.

Rudo estertor agita tus hechizos
cuando al danzar la obscuridad alegras,
y en el aire retuércense tus rizos
como manojos de serpientes negras.

Tu danza es como un vértigo: marea...
Son tan raudos tus pies que no parecen
tocar los terciopelos de la alfombra.

Y en la noche sin fin que te rodea
tan sólo tus pupilas resplandecen
cual dos chispas de fósforo en la sombra.



EL LIBRO DEL PECADO



EL LIBRO DEL PECADO

I

No en vano, altiva, tu belleza ama
a mi arte viril, porque mi arte
sabrá en la gloria de sus versos, darte
la eternidad que tu ambición reclama.

Jamás el tiempo extinguirá tu llama,
ni plegará vencido tu estandarte,
en tanto queden, para coronarte,
laureles en el templo de la Fama.

Con mano firme y con cincel seguro,
haciendo de tus sueños realidades,
esculpiré, rompiendo mi secreto,

tu regio nombre sobre el mármol duro,
para la admiración de las edades,
en el arco triunfal de mi soneto.

II

En la amarga inquietud de mi desvelo,
contando los recuerdos que atesoro,
sueñan las tristes lágrimas que lloro
con la blanca piedad de tu pañuelo.

Mientras llorando tu regreso imploro,
con férvida pasión y ardiente celo
—joyas nupciales—para ti cincelo
ricas estrofas en marfil y en oro.

A mi propio dolor rindo a tu planta;
y por ti engarzaré, con mis tremantes
manos que sueñan en rasgar tu peto,

para adorno nupcial de tu garganta,
mis lágrimas de oro, como diamantes,
en el áureo collar de mi soneto!

III

En tu belleza de otro tiempo, adoro
los viejos fastos y las pompas reales,
los armiños, la púrpura y el oro,
que hoy se pudren en viejos Escoriales;

pues fué preciso para dar la norma
de tus maravillosas perfecciones,
fundir, Amor, en una sola forma,
la belleza de cien generaciones!

Un claro lienzo te ofrendó el Ticiano
y Góngora un soneto culterano...
Yo trémulo de ira y de despecho,

en la hoja de un acero florentino,
para hundirlo hasta el fondo de mi pecho,
bruño y esmalto tu perfil latino!

IV

Montes de livideces espectrales
tallados en difusas amatistas,
que aguzan y confunden sus aristas
con los tersos zafiros celestiales.

Blancuras humeantes de casales
entre frondosas esmeraldas, vistas
en las aguas joyantes, alquimistas
que aurifican la tarde en sus cristales.

Crepúsculo de Abril, vivo tesoro
de ópalos y coral, púrpura y oro...
Pero no hay panorama, ni miraje

para mi alma, como ver tranquila
la ideal miniatura del paisaje
en el esmalte azul de tu pupila.

V

Rompiendo mis silencios cartujanos,
sobre el cincel experto, se levanta
el martillo que en ritmos soberanos
las viejas glorias del orfebre canta.

Labra ricos joyeles pompeyanos
y esmaltes bizantinos abrillanta:
anillos para tus frágiles manos,
y áureos collares para tu garganta.

En su torre de luz, tu fasto espera...
Ya ofrendarte mi lírico tesoro,
—palpitantes sus velas de escarlata—

va mi soneto, cual triunfal galera
a quien alejan sobre un mar de oro
catorce remos de bruñida plata!

—

VI

Eres al par esclava y soberana,
adunas lo cercano y lo distante,
cual si fueras la sola resultante
de toda la inmortal ternura humana.

Para ti no hay Ayer ni habrá Mañana,
todo lo asume tu actitud triunfante;
y eres para mi ardor como una amante
y para mi dolor como una hermana.

Eres toda, y a la par eres la Unica.
Y al desgarrar los broches de la túnica
que modela tus multiplicidades,

sobre tus senos blancos y sedeños,
convertirá el amor en realidades
todos los imposibles de mis sueños.

VII

Desfallece de asfixia la floresta
en la fiebre del sol. Suda la fuente
su humedad gota a gota, en el ambiente,
y un olor a sepulcro el aire infesta.

Todo es de brasa y de cristal, en esta
hora de paz. Un vértigo indolente
nos va paralizando lentamente
bajo el cálido enjambre de la siesta.

El libro abierto está. Congestionada
no distingue las letras la mirada...
Pausado el libro en el silencio rueda,

y a alzarlo nuestra mano no se atreve...
Y musita en el alma, una voz queda:
—¡Oh, la blanca frescura de la nieve!

VIII

Es inútil, señora. Al sueño en vano
le pido paz, porque en el sueño veo
florecer en mi ardiente devaneo
la lujuria otoñal de vuestra mano.

Aspiro en vos un dulce olor lejano,
y unidos por las hiedras del deseo,
de nuevo en vuestros labios paladeo
todo el veneno del amor humano.

Es verdad que he gozado, hasta saciarme,
despierto, cuanto hoy queréis vedarme,
porque fuí vuestro esclavo y vuestro dueño.

Mas ved qué extraña es mi fantasía...
¡Nunca en la realidad, fuísteis tan mía
como ahora lo sois en el Ensueño!

IX

A compás de las fuentes melodiosas
en mi nocturno alcázar apareces,
sin otro adorno que las arideces
de tus profundas trenzas ondulosas.

En un temblor lascivo te estremeces
danzando sobre las marmóreas losas,
y del agrio perfume de las rosas
triunfa el perfume de tus desnudeces.

Y atravesando el palpitante encaje
del perfumado y lóbrego ramaje
que aroma la marmórea escalinata,

la luna tiende desde el alto cielo
sobre tus hombros, como un sacro velo
las castidades de su luz de plata.

X

Jardín blanco de luna, misterioso
jardín a toda indagación cerrado,
¿qué palabra fragante ha perfumado
de jazmines la paz de tu reposo?

Es un desgranamiento prodigioso
de perlas, sobre el mármol ovalado
de la fontana clásica; un callado
suspirar..., un arrullo tembloroso...

Es el amor, la vida... ¡Todo eso
hecho canción!... La noche se ilumina;
florecen astros sobre la laguna...

¿Es la luna que canta al darte un beso,
o el ruiseñor que estremecido trina
al recibir los besos de la luna?

XI

¿Quién cambiará las flores de mi estancia
cuando tu mano, frágil flor de seda,
que prestaba a las flores su fragancia,
cortar las flores del jardín no pueda?

Cuando tu débil voz no tenga aliento
¿qué nueva voz recitará mi trova,
en el crepuscular recogimiento
que idealiza el silencio de mi alcoba?

¡Blanca mano, voz dulce!... Lentamente,
calladamente, dolorosamente,
deshojándose va nuestra belleza,

como esas tenues rosas otoñales,
que lloran su blancura en los rosales,
perfumando la tarde de tristeza!

XII

Como un arbol florido, así extendiste,
en la aridez mortal de la jornada,
sobre el agobio de mi vida triste
la piedad de tu sombra perfumada.

—¿Es verdad que en tu ánfora, aun existe
agua para mi sed? ¿No está agostada
tu juventud? ¿Aún en sus sueños viste
de blanco, como una desposada?—

Claro remanso, oasis, paz, recodo,
donde a las glorias y a la luz..., ¡a todo!
renuncia nuestra vida fatigada...

Yo no te pido amor... Sólo te pido
la ceguera infinita de la Nada
y el eterno silencio del Olvido!

XIII

Insensible a la súplica y al ruego...
Postrado ante tus pies, solloza en vano
sobre su arco roto, el niño ciego,
—símbolo justo del amor humano.—

Jamás su labio besará tu mano,
ni turbarán sus gritos tu sosiego
de Diosa, ¡que se extingue todo fuego
en tu dura frialdad, mármol pagano!

Tu alba túnica trémula de luna,
te da palpitación de cosa alada,
como la Nicke clásica de alguna

alegoría crisoelefantina...
¿Cuándo, sobre mi sien ensangrentada
ceñirás tu laurel, mano divina?

XIV

Hoy, para hacer más dulce tu quebranto
y más puro tu espíritu doliente,
te evocará con mi orgulloso canto
el fasto antiguo en el dolor presente.

¿Ya no te acuerdas del amor ardiente,
de aquel amor a quien debemos tanto
que de albas rosas coronó tu frente
y de áureos lises recamó mi manto?

¿Ya no te acuerdas, dí, que fuiste mía,
—¿ensueño o realidad?—¿cómo no has sido
de nadie más?... ¡Cómo olvidar el día

aquel, al par tan próximo y lejano,
en que cual agua fresca te he bebido
toda entera, en el cuenco de mi mano!

XV

Mientras tus manos, dolorosamente
blancas, sobre los pálidos marfiles
despiertan vieja música doliente,
yo sueño con románticos abriles,

en Aranjuez, con pasos de pavana;
y revivo tu ecuestre bizarría,
con arco y con carcaj, como Diana,
sobre el tapíz de regia montería.

Ya no sé cuándo fué ni cómo ha sido,
pero yo entre tus brazos he vivido...
y hay algo tuyo que mi sueño abona...

El pañuelo de encaje perfumado
de flores mustias, donde hay bordado
un heráldico luis y una corona!

XVI

Extático de amor, entre la hoguera
de los amplios ropajes, tu semblante
tiene una palidez de agonizante,
bajo los humos de la cabellera.

De tus exangües dedos en la cera
se desangra un clavel rojo y fragante;
y un circular silencio alucinante
en torno, en torno de tu esfinge impera.

Es de sangre el brocado que te viste,
y de espanto se eriza mi cabello...
Eres la imagen de una degollada,

y temo que al tocarte, ruede triste
de la marmórea desnudez del cuello
tu pálida cabeza ensangrentada!

XVII

Paz, un poco de paz... Un santo aroma
de azucenas, en todo... Una tranquila
música, en el piano... En tu pupila
la alegre castidad de una paloma.

Por el blanco ajimez, el alba asoma,
y en los espejos su temblor rutila....
Sólo un rumor: el péndulo que oscila,
en el blanco silencio se desploma.

Un lirio muere en el negror del pelo,
y su perfume, adormeciente, yerra...
Los labios purifica un santo anhelo...

Besar con lentitud, muy castamente,
todas las cosas puras de la tierra
en la lunar pureza de tu frente.

XVIII

Lucha, sí, lucha! El temple de la espada
en el combate, no en la paz, se prueba;
y en cada gesto heroico se renueva
la pasión más sedienta y más osada.

Así te quiero ver, ensangrentada
de dolor! Con tu propia entraña ceba,
tu amor oculto, que el amor eleva,
y saldrás de la lid dignificada.

Yo también lucho con mi amor impuro,
y entre mis dientes mi dolor trituro...
Jamás esperes que en mi ruego insista...

No más tender la mano suplicante...
¡quien tiene fuerzas y valor bastante
no mendiga la gloria: la conquista!

XIX

—Jardín de las Hespérides, divino
jardín de oro que a mis ojos brillas,
—ensueño o realidad—¿por qué camino
se llega a la ilusión de tus orillas?—

Así dijo a su sueño el peregrino,
cayendo ensangrentado de rodillas.
—Buscar ese jardín es tu destino,
mas nunca encontrarás sus maravillas!

Jamás lo encontrarás, porque no existe,
sino en el fondo de tu alma triste,
como un tesoro de la fantasía...

Lo busca en vano tu mirada terca...
La prosa de la vida está tan cerca!...
¡Y tan lejos se ha ido la poesía!

XX

La piedad te perfuma y enguirnalda,
y entre tus santas manos de azucena
sostienes mi dolor, sobre tu falda,
con la ternura de una hermana buena.

Hasta la tierra se curvó mi espalda,
bajo el agobio eterno de mi pena...
No queda en mi collar una esmeralda,
ni en mi negro océano una sirena.

Murió mi corazón en el cadalso
y mi fé consumióse en roja pira...
¡Júrame que me amas, aunque falso

tu juramento!—¡oh, Presentida!—sea...
¡Dame como limosna esa mentira,
para que en algo mi esperanza crea!

XXI

Tienen tus palideces suavidades
de jazmines que mueren bajo una
nevada de marmóreas claridades,
en los blancos jardines de la Luna.

Pálido lirio de melancolía,
¿en qué jardín astral te has desangrado?
¿Quién te dejó, urna de luz, vacía?
¿Qué vampiro la sangre te ha chupado?

En la blancura de tu faz de muerta
la roja boca, de carmín pintada,
en un amargo rictus entreabierta,

finge los finos bordes de una herida,
por donde se escapó, lenta y callada
toda la ardiente sangre de la vida...

XXII

Trémulo el labio y con la planta incierta,
peregrino de un sueño muy lejano,
tendida, en gesto de pedir, la mano,
como un mendigo, me acerqué a tu puerta.

Tu sobrehumana palidez de muerta
se apoyó en el umbral y dijo:—¡Hermano,
prosigue tu camino, porque en vano
tiendes hacia este hogar tu mano abierta!

Como a otros pobres dí cuanto tenía,
mi alma, como mi hogar, está vacía!—
Asomóse una lágrima a tus ojos;

tendí la mano... Y al caer en ella,
como rosa de nácar entre abrojos,
sobre mi mano floreció una estrella!

XXIII

Contra toda maldad yergo mi busto,
en un arranque rudo y sobrehumano,
con la actitud y con el gesto adusto
de un orgulloso emperador romano.

Camino a ciegas sin saber a dónde,
y oculto en mi altivez mi desconsuelo,
como un leproso que su llaga esconde
bajo un negro jubón de terciopelo.

Sobre los blancos senos de mi amante,
la juventud en vano me convida
a que apure su copa desbordante.

Nada me alegra y nada me divierte...
¡Y en medio de las fiestas de la Vida
mi corazón va triste, hacia la Muerte!

XXIV

Los cigarrillos del Oriente humean
en fragantes y azules espirales,
que a la lujuria de mis sueños crean
alcázares y danzas orientales.

Ajorcas y collares centellean:
desnudeces morenas; almaisales
que flotan, y ojos que relampaguean
con un fulgor agudo de puñales.

Rosnidos de pantera; extenuaciones
de nardos sobre rojos almohadones...
Fumo lujuria y muerte... Y mientras fumo,

—venenos de mujer y de serpiente—
aspiro todo el opio del Oriente
en mis regios alcázares de humo!

XXV

En esta noche azul ¿no sientes una
suavidad interior de paz y calma,
cual si toda la plata de la luna
penetrase hasta el fondo de tu alma?

Acallan sus rugidos las pasiones
bajo el encanto de la luna nueva,
y su sueño el jardín al cielo eleva,
en un místico aroma de oraciones.

Nostalgias de un perdido paraíso
suspira el labio, en esta noche pura...
Y en tanto el alma en un suspiro exhalas,

¿no sientes que te agita, de improviso,
un ansia de volar hacia la altura,
cual si en los hombros te brotasen alas?

XXVI

¡Oh, cansancio infinito del que ha roto
todas las copas del placer!... ¡Cansancio,
tú eres la lepra de este gran Bizancio,
donde mi estéril juventud agoto!

Con lenta mano y con fervor devoto,
cual la postrera miel de un vino rancio,
la última gota de mi pena escancio,
en holocausto de un amor ignoto!

Sobre marmórea sepultura yace,
con las manos cruzadas sobre el pecho.
Sobre la tumba «Requiescat in pace»

con áureas cifras el cincel ha escrito...
¡Yace contigo en el marmóreo lecho,
con la inmovilidad de lo Infinito!

XXVII

En el silencio astral de mis cartujas
de ensueño, donde pasan sus rosarios
de lágrimas, mis celos solitarios,
atormentados por lascivas brujas,

en tinieblas de olvido te arrebujas
como en negror de herméticos sudarios,
para cegar mis ojos visionarios
con el oro cruel de tus agujas.

¡Que no me dejes—oh, visión!—te ruega
el fervor de mis labios doloridos!...
¡Ten caridad de mí, sombra enlutada,

y a la par que mis ojos, también ciega
mi corazón, mi alma y mis sentidos,
¡porque no quiero ver ni sentir nada!

XXVIII

Todo es niebla, humedad... La luz se olvida...
—¿Es posible que existas?—Una rara
y aprilina obsesión de tarde clara
es el sueño imposible de la vida.

Llueve sin treguas...—¡Si por una herida
el alma sus nostalgias desangrara!—
Tardes grises lluviosas, hechas para
el adiós de la eterna despedida...

Llueve, llueve... La fuente se querella
porque las nieblas el jardín borraron...
(Esa sombra ¿quién es, ésta o aquélla?)

¡Son las almas románticas de todas
aquellas que, en el sueño celebraron,
con lo Imposible sus absurdas bodas!

XXIX

Mano de una belleza inmaculada,
mano de suavidad, frágil y leve;
azucena de paz; lirio de nieve
que perfuma de ensueños mi mirada,

¿te he visto en realidad o fuiste amada
por mis ojos, no más, en esa breve
pausa de amor que ni turbar se atreve
el fugitivo azul de la alborada?

Tú sembraste el milagro de las flores
que aroman mis jardines interiores...
¡Señor, por el dolor de tu agonía,

sólo te pido con el alma entera,
que esa mano que nunca ha sido mía
cierre mis tristes ojos cuando muera!

XXX

Felicidad!... Felicidad!... Dulzura
del labio y paz del alma... Te he buscado
sin tregua, eternamente, en la hermosura,
en el amor y en el arte... ¡Y no te he hallado!

En vano, el alma, sin cesar te nombra...
¡Oh, luz lejana, y por lejana, bella!...
¡Jamás la mano alcanzará la estrella!...
¿Pasaste sobre mí, como una sombra?

¿En brazos de qué amor has sido mía?...
¿No he besado tus labios todavía?...
¿Los besaré, Señor?... Sobre mi oído

murmura alguna voz, remota y triste:
—Pasó por tu jardín... y no la viste...
¡Y ya, sin conocerla, la has perdido!

XXXI

Orando, frente al gótico retablo,
donde el Arcángel, bajo el pie, sujeta
la rebelde impotencia del Diablo,
toda humana pasión calla y se aquieta,

y un divino fervor se transfigura,
blanco el semblante y de blancor vestida...
¡Sólo turba tu mística blancura
la mancha roja de la boca herida!

De pureza y de paz, la vida aromas;
al sueño brindas su ideal trofeo,
y de imposible nuestro amor sublimas...

¡Para la castidad de tus palomas
—lujurioso halconero del Deseo—
traigo, al puño, el milano de mis rimas!

XXXII

Yo soy el soberano de un Imperio
que abarca en su extensión, los encantados
edenes de la Vida y los helados
páramos infinitos del Misterio.

Tú anhelas en tu obscuro cautiverio,
contemplar tus ensueños coronados
por la mano de un héroe, en los soñados
palacios de un lunático hemisferio,

Para hacer realidad tu fantasía,
con su gloria inmortal te unge mi Arte
y mi Amor con sus lises te blasona...

Y un paje rubio y joven: la Poesía,
se arrodilla a tus pies, para ofrendarte,
sobre rojo cojín, mi áurea corona.

XXXIII

Señora, alegre a vuestro alcázar torno.
Entre las gemas de un joyel, mi mano
nos ofrece un soneto culterano,
correcto y firme cual labrado a torno.

Porta una rosa y un puñal, adorno
vuestro y defensa de mi amor tirano.
—Sobre el áureo metal intenté en vano
cincelar vuestro heráldico contorno.—

Sólo una rosa y un puñal. La rosa
cortó mi amor con mano temblorosa
de los blancos rosales de los cielos.

Y el puñal cincelaron, en supremas
horas de angustias, mis voraces celos,
para ornar vuestro escote con sus gemas!

EN LA ALCOBA



EN LA ALCOBA

I

Y bajo aquella paz, con la alegría
de un secreto que rasga de improviso
su túnica, tu blanca mano quiso
desnudar sus pudores y ser mía.

En los espejos cárdenos moría
el oro del crepúsculo indeciso,
y tu mirada un nuevo Paraíso
a mis ojos atónitos abría.

Nada turbó el nupcial recogimiento
del salón, al crepúsculo dormido.
La eternidad detúvose un momento...

Y sin un beso, sin hablarnos nada,
como nadie jamás se ha poseído
nos poseímos con una mirada!

II

Ninguna gema le prestó su alhago
de luz. No es lirio de cristal sonoro,
ni esbelta copa de marfil y oro,
el tosco vaso en que mi sed apago.

Mas de él el cáliz de mis misas hago,
porque en sus tosquedades rememoro
los paraísos que perdidos lloro...
A las frondosas márgenes de un lago,

en la corteza de una rama viva
para tí lo tallé, como votiva
ofrenda. Y siempre que sus aguas bebo,

nuevamente por ti de amor me abraso,
porque no en balde prisioneros llevo
los moldes de tus senos en mi vaso!

III

Suspende, corazón, ese alborozo
que te invade al mirarla, porque es ella
para tu loco afán, como una estrella
encantada en el fondo de algún pozo!

¡Confórmate, pupila, con el gozo
de adivinarla y contemplarla bella!...
Nunca la nombres, alma... ¡El labio sella,
y haz de tu eternidad su calabozo!

No soñéis, pobres manos, con sus cálidas
suavidades... ¡Oh, pobres manos pálidas
de tanto acariciar vuestra quimera!

Primero el niño alcanzará a la luna,
que vosotras toquéis siquiera una
hebra flotante de su cabellera!

IV

Trémulo el flanco y palpitante el seno,
a la acuosa caricia te ofreciste,
y por todos tus poros recibiste
la voluptuosidad del mar sereno.

Y al contemplar mis ojos aquel pleno
goce del mar, y como enrojeciste
a sus besos, mi carne sintió el triste
y celoso amargor del bien ajeno.

El mar se estremeció bajo tus blondas
turgencias, en el lúbrico delirio
de poseer tu ecuánime tesoro...

Mas, para defenderte de las ondas,
el sol cubrió tu desnudez de lirio
con su armadura fúlgida de oro!

V

Tarde de otoño... Paz.. No hay una nube
en el cielo que el sol poniente dora,
y el crepúsculo es como una aurora
que de los lagos encantados sube...

Tarde de otoño... Paz... No hay una nube
en la unción religiosa de la hora...
¡La tierra entera, arrodillada, ora
bajo las blancas alas del querube!

¿Viví esta hora o la soñó mi anhelo?
En la paz de la tarde religiosa
sobre el remanso, al inclinar la frente,

todo el oro de otoño se hizo velo
para envolver tu aparición radiosa,
en el espejo azul de la corriente!

VI

De blanco en la marmórea escalinata
del cándido jardín, pareces una
estatua de alabastro que la luna,
al bañarla en su luz, la cambia en plata.

Un idilio de cisnes se retrata
en el claro cristal de la laguna,
mientras alegre el surtidor, alguna
perla de luz de su collar desata.

En la paz luminosa del sendero,
en tanto que tus besos me dan muerte
y tus pudores a mis plantas huellas,

a impulsos de mi mano, el jazminero
sobre la noche de tus rizos vierte
el bautismo de luz de sus estrellas.

VII

Me fatiga la música. Retira
tu mano del piano, que despierta
algo dormido en mí. La herida abierta
vuelve a sangrar, mientras tu voz suspira.

De nuevo el alma condenada gira
en círculo fatal. ¿Por qué entreabierta
dejó tu mano la encantada puerta,
para dar paso franco a otra mentira?

La música me angustia con su horrible
remembranza; me evoca el imposible
amor maldito que me está vedado,

fruta sabrosa del cercado ajeno,
anhelo loco de imposibles lleno,
cuanto más imposible más amado.

VIII

Cuando el inmundo tálamo deshecho
mis ardores aplacan su fiereza;
y abre las rojas fauces y bosteza
el león del deseo satisfecho,

nostálgico suspiro hincha mi pecho,
y mis ojos, sedientos de pureza,
sueñan con el pudor de tu belleza
y la intacta blancura de tu lecho.

Al aspirar los lúbricos olores
de la carne a mi lado adormecida,
siento asco de mí mismo... ¡Quién pudiera

absorber el perfume de tus flores!...
¡Purificar las lacras de mi vida
con el aroma de tu primavera!

IX

Yo le pregunto a veces con respeto
a mi alma:—¿Podrán aún sus pupilas
contemplar el diamante en las tranquilas
aguas, y ver la lágrima en el quieto

zafir crepuscular de mi soneto?
¡Oh!, corazón avaro que vigilas
los tesoros románticos que apilas
en la cueva sin fin de tu secreto.

¿Cuándo te atreverás a abrir la puerta
a la esperanza que lloraste muerta
y que hoy más bella en tus recuerdos vive,

para decir a su divino orgullo:
—¡El homenaje de mi amor recibe!...
Todo cuanto atesoro, todo es tuyo?

X

Para el lírico ensueño de mi vida,
en la paz del crepúsculo amaranto,
en tu jardín resucité el encanto
maravilloso del jardín de Armida!

¿Dónde la gruta azul y la florida
glorieta tutelar? ¿En dónde el canto
del ruiseñor y el silencioso llanto
de la fuente entre rosas escondida?

¿Y dónde tus jardines, las carnales
granadas de tus labios y las pomas
maduras de tus senos otoñales?

¡Sólo en mis manos la nostalgia queda
de tibias timideces de paloma
bajo una tenue suavidad de seda!

XI

Mano que yo besé tímidamente,
temiendo que mi beso deshiciera
sus jazmines de nieve... Primavera
con que sueña el invierno de mi frente...

¿Cuándo regresarás, pálida ausente
a cerrar mis heridas? Hechicera,
para sanar, tus bálsamos espera
¡mi herido corazón convaleciente!

Sueña mi soledad con el encanto
de tus caricias suaves y lejanas...
Cuando vuelvas ¡oh, pálida ilusoria!

a ungir mis venas con el óleo santo
de tus piedades, todas las campanas
de mi pasión repicarán a gloria!

XII

La madreselva que al balcón se enreda
la noche de tu cámara trasmina,
mientras el ruiseñor insomne, trina
en el mármol lunar de la arboleda.

En la ceguera del espejo, queda
sólo una opaca claridad marina...
¡Para velar tu desnudez divina
la blanca noche convirtiose en seda!

Y tu silencio y el silencio mío
colaboraron a rimar a besos
un nocturno simbólico de estío.

Noche de paz y luna... Noche tibia.
¡Ay! ¿no sentiste, blanquear tus huesos,
bajo el beso lunar de mi lascivia?

XIII

¡Oh, tu blanco regazo! ¡En él quisiera
eternamente suspirar cautivo,
amarrado a tu seno por el vivo
dogal de tu nocturna cabellera;

Aun surca el mar mi lírica galera,
con su áurea quilla. En mi jardín estivo
aun queda para ti como el lascivo
perfume de la muerta Primavera.

No se ha apagado aún; no se ha apagado
el fuego de mi lámpara. Su llama
ilumina tu alcoba y puede aún darte

una ilusión de luz... Todo ha pasado,
y hasta el violento impulso de la brama
perdió su fuerza y transformóse en arte!

XIV

Cara a mis ojos y a mis manos cara,
bálsamo y suavidad... Unico amparo
de mi dolor... En mis tormentos faro
y en mis desiertos la cisterna clara.

Más dulce para mí que el oro para
las sórdidas pupilas del avaro...
Reposorio de paz, lecho preclaro
que la piedad del cielo me depara,

al fin de mi camino, cuando exhausto
de cansancio y dolor desfallecía...
Hoy, al partir, en lírico holocausto

a la piedad que para mí destellas,
sobre tu sien coloca mi poesía
esta corona de catorce estrellas!

TROVAS DE AMOR



TROVAS DE AMOR

I

¿De qué valen torreones,
fosos, murallas y almenas,
los guardias y las cadenas
y los hierros que me pones?

¿Qué importa que me aprisiones,
si no pueden tus condenas
poner grillos a mis penas
ni mordaza a mis canciones?

Siempre, para hacerte mía,
hallará mi fantasía
en su quimérico empeño,

a todas horas abierta
la maravillosa puerta
del alcázar de mi Ensueño!

II

Un sueño fué mi pasado...
Si un sueño no hubiera sido
¿tan pronto te hubieras ido
cual te fuiste, de mi lado?

En un sueño te he encontrado
y en un sueño te he perdido...
Tu amor fué como un olvido
de recuerdos perfumado.

Un olvido de las prosas
cotidianas de la vida,
un paréntesis de rosas.

que no pueden deshojarse...
¡Sueño que nunca se olvida
pues siempre vuelve a soñarse!

III

¡Que partieras fué preciso
amor, para conocerte!...
Hasta después de perderte
¿quién te llora, Paraíso?

Mi mala fortuna quiso
que te perdiera sin verte...
Ante el rigor de la suerte
¿quién no se inclina sumiso?

¿Cuándo enjugarás mi lloro?
¿Cuándo, lámpara de oro,
darás luz a la espelunca

donde me muero esperando?
Y a mi voz que grita:—¿Cuándo?
el eco responde: —¡Nunca!

IV

Tu cuerpo en la danza gira,
mientras tus rizos ondean
y tus ojos centellean
tras velos de cachemira.

mi amor atónito mira
cómo tus brazos blanquean,
y según se abren o arquean
surge la cruz o la lira!

¡Oh, blanca lira de bodas,
si capaz mi mano fuera
de hacerte vibrar con todas

las cadencias del Pecado!...
Cruz de marfil, ¡quién pudiera
ser en ti crucificado!

V

De la estéril florescencia
de mi juventud viciosa,
tan sólo queda una rosa
que tiembla en la indiferencia

de la tarde gris. Su esencia
perfuma la silenciosa
paz del jardín, de una unciosa
resignación. Tu indolencia,

tu timidez, todo eso
que hizo imposible mi beso
en tus labios, ahora son

como parques otoñales
donde mueren los rosales
postreros del corazón.

VI

Lloran de pena las aves
al verme por ti llorando,
¡amor, que me estás matando
y que me matas no sabes!

¿Cuándo tus dedos suaves
cerrarán mis ojos? ¿Cuándo
me vas a entregar, temblando,
de tus jardines las llaves?

¿Nunca aspiraré tu aroma,
flor de imposibles? Paloma,
¿nunca escucharé tu arrullo?

¿Rendirá al fin su furor
el demonio de tu orgullo
bajo el angel de mi amor?

VII

¡Qué angustioso padecer!
de tanto como he penado
Cuando tornes a mi lado
no me vas a conocer!

Ni aun dormir puedo, mujer,
pues mis ojos han jurado
no cerrarse, dueño amado,
hasta no volverte a ver!

A todos los vanos ruidos
ensordecí mis oídos.
Mas, ¿para qué quiero oir

si la palabra de calma
y de paz, sólo a mi alma
tú se la puedes decir?

VIII

Esta es la misma glorieta
y el mismo jardín es éste,
dormido bajo el celeste
dosel de la tarde quieta.

Aun recuerda la violeta
el perfume de tu veste,
y añora el sendero agreste
lo fino de tu silueta.

Todo está igual. Sin embargo
hay como un reproche amargo
en el jardín diluido...

Algo que dentro de mí
suspira:—Si ella se ha ido
¿para qué vuelves aquí?

IX

Tu nombre es como un aroma
de suavidad. En él trina
la fe de la golondrina
y el candor de la paloma.

Entre mis labios asoma
como un rezo, y en la fina
copa de mi sed divina
dulzuras de panal toma.

¡Oh, nombre santo! Poesía
suprema, bondad que arranca
la espina del corazón...

Tú serás en mi agonía,
para mi lengua, la blanca
hostia de la extremaunción!

X

Igual que la luna llena
calma el furor de los mares,
tu presencia los pesares
de mi corazón serena.

Si te alejas, a mi pena
aún le quedan sus cantares;
eslabones tutelares
de esta irrompible cadena!

Cadena que nada parte...
¡Ni la dicha ni el tormento,
podrán romper estos lazos!

Que nadie podrá arrancarte
ni presente, de mis brazos,
ni ausente, del pensamiento!

XI

En el campanil cercano
repica con alegría
la campana... Florecía
el viejo sueño cristiano.

El sol doró tu ventano,
y el angel del mediodía
murmuró:—¡Salve María!,—
dejando un lirio en tu mano.

Y en tu místico fervor
aun llegas a imaginarte
que pasar puede el amor

por tu seno virginal,
sin romperte ni mancharte,
como el sol por un cristal!

XII

¡Gaviota, gaviota!,
¿en la arena de la playa
viste a la ausente? ¿Se halla
resignada a su derrota?

¿Qué nuevo huracán azota
sus pensamientos? Desmaya
o de nuevo el vuelo ensaya
hacia una esperanza ignota?

¡Gaviota, a su presencia
torna y dile que la ausencia
ha deshojado mis galas

y está acabando conmigo!...
¡Ay, para volar contigo
quién pudiera tener alas!

XIII

Tu recuerdo me acompaña
por cualquier senda que tomo.
El unge de cinamomo
las noches de mi cabaña.

Conmigo va a la montaña,
lo miro en el mar, si asomo
mi faz... ¡Aun conserva el pomo
la esencia sutil y extraña,

que en él vertieron un día
tus manos, Saudade mía!...
¡Tus manos, blancas doncellas

que hilan—trabaja y trabaja,—
con tus guedejas tan bellas
el negror de mi mortaja!

XIV

El sol incendia el Poniente...
Brisa del mar, si a ella llegas,
en tanto que alegre juegas
con los rizos de su frente,

dí a su oído, dulcemente,
si mis versos no le entregas,
que están mis pupilas ciegas
de tanto llorarla ausente!

¡Ay! si la vieres bañada
en llanto, pasa deprisa
y de mí no le hables nada...

¡Mas las perlas de su lloro,
recoge y tráemelas, brisa,
para engarzarlas en oro!

XV

¡Oh, las noches venturosas,
cuando el amor nos ligaba,
—carne esclava y alma esclava—
en sus cadenas de rosas!

Las brisas siempre olorosas;
todo hiedras, todo lava...
La misma fuente saciaba
nuestras bocas ardorosas!

Nuestro amor al fuego echamos...
Mas aún su brasa nos quema...
¿No recuerdas cuando fuimos

consonantes de un poema,
que en un abrazo empezamos
y en un beso concluímos?

XVI

Más lágrimas que derrama
el surtidor de una fuente,
vierte, llorándote ausente,
el corazón que te ama!

Aún me calienta tu llama...
Aún mi anhelo te presiente...
¡Como un jardín floreciente
tu recuerdo me embalsama!

Alta noche... Ni aun el viento
se mueve... La luna envía
tu beso a mi pensamiento...

Todo, todo se durmió...
¡Sólo velan, alma mía,
la luna, tu amor y yo!

XVII

Cuando casi en los confines
de la muerte me veía,
tu mano me abrió, alma mía,
el frescor de tus jardines!

¿Dónde pensamientos ruines,
dónde la melancolía,
si el agua alegre corría
perfumada de jazmines?

¿Quién piensa en la airada flecha
y en los rostros cejijuntos
y en las miserias de ayer,

cuando en sus brazos estrecha
el cielo y la tierra juntos,
hechos carne de mujer?

XVIII

Suave como la azalea,
blanca como la celinda...
Tu mirada cielos brinda
y tu aliento mundos crea.

Mi vida expirar desea
entre tus brazos, Arminda,
bajo tus labios de guinda
donde el amor picotea!

Cantas, cantas con tal arte,
que a las alondras obligas
a callar para escucharte.

Y eres tan leve, tan leve,
que pasas por las espigas
y ni una sola se mueve!

XIX

En tu cámara atesoras
y con tu luz avalías,
las más ricas pedrerías
y las guzlas más sonoras.

Son crepúsculos y auroras
velos de tus fantasías...
¡Tus heraldos son los días
y tus cautivas las horas!

Tus ojos son una eterna
fiesta de estrellas de oro
en mi lóbrega cisterna...

Y yo en el brocal, sombrías
lágrimas de sangre lloro...
¡porque nunca serán mías!

XX

Fuiste como el arca santa
del amor de mis amores...
Sueño de Abril, dí, ¿qué flores
florecen bajo tu planta?

¿Qué nuevo ruiseñor canta
a la luna sus dolores?
¿Qué nuevos brazos traidores
son dogal de tu garganta?

Golondrina ¿de qué alero
colgaste tu nuevo nido
que en vano tu vuelta espero?...

¡Oh, tú, mi esperanza única!
¿sobre qué lecho ha caído
la blancura de tu túnica?

XXI

A un mármol clásico igualas
con tu blancura, ilusoria
imagen, que en mi memoria
tu antigua fragancia exhalas.

En sus homéricas galas
te envuelve altiva mi gloria...
¡Para ser una Victoria
sólo te faltan las alas!

En glorioso simulacro,
sobre el mármol blanco y sacro,
tu imagen esculpiré

¡oh, infatigable amazona!
con la piel de una leona,
sangrando bajo tu pie!

XXII

¿Qué me importa la distancia,
mares y tierras, si aun siento
tu amor en mi pensamiento
y en mis manos tu fragancia?

¿Si aun la dulce resonancia
fugitiva de tu acento,
en mi corazón, el viento,
para consolarme encancia?

Todas las noches, tu mano
abre a este amor sobrehumano,
de tus edenes la puerta...

¡Maldita la luz del día,
porque sueño que eres mía,
y del sueño me despierta!

XXIII

¿Qué vale adarga y loriga
contra tí amor, si tu flecha
va, por los ojos, derecha
al corazón?—¡Que maldiga

otro tu saña enemiga,
que yo aun cuando de esta hecha
pierda la vida, deshecha
por el mal que me atosiga,

bendeciré tus rigores,
porque me das sus favores!...
La pena más larga es corta

para el bien que me has brindado...
Después de haberla mirado,
morir, Amor ¿qué me importa?

XXIV

Pasa día y noche una
princesa, hija del Rey moro,
hilando junto al sonoro
espejo de la laguna.

Maldice de la fortuna,
queriendo hilar el tesoro
de su túnica con oro
de sol y plata de luna,

y nada sus ansias calma...
Teje, teje y teje, presa
de anhelos inextinguibles...

¡Ay, quién no lleva en el alma
encantada una princesa
tejedora de imposibles!

XXV

Desde que te hallas ausente,
cada verso que te escribo
es una lágrima... Vivo
mi pasado en mi presente.

¿Tu blanca mano se siente
latir mi pecho cautivo,
en el ritmo fugitivo
de cada estrofa doliente?

No es un papel, dueño mío.
Es mi alma lo que te envío...
Pobre alma dolorida

que va tus manos buscando,
por cada verso sangrando,
que es cada verso una herida!

XXVI

¡Aquella sonrisa!... Era
tan dulce que parecía,
al hablar, que florecía
de pronto la Primavera!

Como bajo una palmera
mi dolor adormecía,
mitigando mi agonía
con la piedad de su:—¡espera!

Desangrándose entre abrojos
agonizan mis quebrantos...
¡Ven a darme tu consuelo,

para que mis pobres ojos,
cual los ojos de los santos
se vidrien mirando el cielo!



CAMAFEOS



CAMAFEOS

I

Con tu flotante túnica jacinto,
que a tus hombros sujeta un camafeo,
en cuyas gemas cinceló el deseo
todos sus simulacros, y tu cinto

de hieródula, de un oro casi extinto,
empuñando la antorcha de Himeneo,
en los umbrales de mi amor te veo,
cual si acabaras de bajar de un plinto.

¡Oh, quién fuera, mujer, la áurea serpiente
que se enrosca a tu brazo! Lentamente,
mi achatada cabeza extendería

hasta la flor abierta de tu seno,
y mi aguijón en él te dejaría
el olvido mortal de su veneno.

II

El tedio de la vida cotidiana...
Siempre igual... siempre igual.. Es el presente
un desagrado, un gesto displicente;
el ayer una lágrima; el mañana

una sonrisa... ¿Sonreirás, hermana
de mis sueños, pensando en que el ausente
se detenga al pasar? La vieja fuente
sus collares de lágrimas desgrana

en el silencio del jardín florido.
Dice el agua al pasar:—Recuerda y sueña!—
mientras el corazón solloza:—Olvido...

¡Y otra vez hacia mí risueña avanzas,
y tu mano infantil de nuevo es dueña
de todos mis recuerdos y esperanzas!

III

Al verte, dije al corazón:—¿Es ella?
y el corazón me respondió:—¿Lo dudas?
Verás, si al cabo su pudor desnudas,
entre sus senos fulgurar tu estrella.

Es ésta y es la otra y es aquélla;
todas al par. Si con su amor te escudas,
rebotarán en él las más agudas
saetas del destino, que es tan bella,

que su propia belleza infunde miedo
a la muerte!—y calló... Desde aquel día
creo en la eternidad, porque no puedo

ni presentir, ni sospechar siquiera,
que una pasión tan grande cual la mía,
bajo el olvido de la tierra muera.

IV

Cuando cautiva estés en tierra extraña,
la púrpura y el oro del Poniente,
¿no te recordarán el refulgente
y victorioso pabellón de España?

Entonces sufrirás la hosca y huraña
tristeza del destierro. Entre la gente
sola te encontrarás, y una imprudente
lágrima ha de temblar en tu pestaña.

Y acaso entonces mi recuerdo sea
quien tu lágrima enjugue. Y cuando mires
tu pobre vida sucumbir esclava

del áurea vanidad que te rodea,
quizás pensando en mi dolor, suspires:
—¡Era pobre, es verdad, pero me amaba!

V

¡Oh!, dime triste huérfano, ¿en qué hora
tu angustia fué mayor? ¿Cuando abrazado
al cuerpo maternal te vió el helado
azulor mortecino de la aurora,

o al contemplar, de la mujer que adora
tu ardiente corazón enamorado,
el blanco rostro, en lágrimas bañado,
sabiendo, triste, que por ti no llora?

¿Qué hora fué para ti más larga y triste?...
¡Tú bien lo sabes, pobre boca mía,
que aún palideces recordando aquella

lágrima que en tus labios absorbiste...
Mas que una perla humana parecía
ópalo desprendido de una estrella!

VI

Miraron los espejos familiares
bajo las tenues luces, cómo inquieta,
la temblorosa mano del poeta
iba desengarzando los collares

de tu cuello y los broches tutelares
de tu pálida túnica violeta,
hasta que alegre apareció completa
tu desnudez de lirio y azahares.

La brisa se embriagó con la fragancia
que tus jardines íntimos aroma,
y tus secretos me contó al oído,

mientras el sol, al alumbrar tu estancia,
al imposible, como una paloma,
sobre tus senos sorprendió dormido!

VII

Aun muestra el muro su tapiz de hiedra
y aun aroma el balcón, el jazminero,
y en la paz silenciosa del sendero
el musgo humilde reverdece y medra.

Sobre el banco romántico de piedra
que custodia el ruinoso invernadero,
si nunca has de venir ¿por qué te espero?
La soledad de tu jardín me arredra.

Todo el jardín, las fuentes y las flores
perfuman de imposible mis amores.
Y el suspirar del agua que me arrulla,

y el temblor de la brisa entre las ramas,
dicen a mi ilusión:—¿Por qué le amas
si jamás, pobre iluso, será tuya?

VIII

En la fresca esmeralda del paisaje,
al ritmo fugitivo de tu paso,
con las suntuosidades del ocaso
se enjoyan las sedas de tu traje.

Tanta fastuosidad era un ultraje
a mi pobreza, que apurando el vaso
de su dolor, tras tu brial de raso
humilde caminaba igual que un paje.

Y allí solos los dos, pudo haber sido
realidad el ensueño de mi vida...
De tanto respetarte, te he perdido.

¡Para ti no hay remedio, alma dolida,
porque bajo el cauterio del olvido
se agrandan más las llagas de tu herida!

IX

Si yo fuese un orfebre florentino,
sobre el cristal de una esmeralda clara
con unción religiosa, cincelara
la línea audaz de tu perfil latino.

Y en el más puro oro, en el más fino,
después, como una lágrima engarzara
la verde gema, para que brillara
en medio de tu seno alabastrino.

Y si fuera pintor ¡con qué cuidado,
con mi pincel, por el amor guiado,
diluiría en la cándida vitela

de un abanico tu sutil figura,
entre el rosa fragante y la frescura
de un florido paisaje de acuarela!

X

En el naufragio de tu vida rota,
yo no sé por qué mago sortilegio,
conservas los prestigios de tu regio
blasón florilisado. Gota a gota

apuras tu dolor, con la devota
resignación de un mártir, y tu egregio
corazón supo hacer un florilegio
con las tristezas de tu gran derrota.

Donde pones los dedos, nacen flores;
tu mirada es oasis de reposo
y tu sonrisa fuente de alegría...

Tus manos fueron para mis dolores,
como para las llagas del leproso,
las santas manos de Isabel de Hungría.

XI

Horas de intimidad. En el austero
recogimiento de la vieja sala,
por el oasis del balcón, exhala
su perfume de plata el jazminero.

La llama del dorado candelero
tiembla con una suavidad de ala,
y por tu cuello de marfil resbala
en irisadas fugas de lucero.

Bajo tu mano pálida, un suave
suspiro de Jourmelli lanza el clave.
Y en la encantada cornucopia miro

palidecer tu faz, al ritornelo
de una mirada, mientras tu pañuelo
ahoga el romanticismo de un suspiro.

XII

Me hablabas... Tus palabras armoniosas
no eran música sólo... Si dijera
que eran luz, suavidad... (Tu cabellera
¿no me envolvió en sus sedas temblorosas?

¿No acarició mi mano las gloriosas
ánforas de tus senos?)... Tu voz era
un perfume también... (La Primavera
¿no vertió sobre mí todas sus rosas?)

Viví una eternidad en un segundo...
Oyéndote ¿quién piensa que en el mundo
pueda existir el mal... Paz de los cielos

el paraíso de la vida aroma...
(¡Se durmió la serpiente de mis celos
bajo tus blancas alas de paloma!)

XIII

Un—¡espera!, un—¡recuerda!, es cuanto queda
de tu voz en mi oído... ¡todo es eso!...
¡Nunca en tus labios floreció mi beso!
¡Jamás mis sueños perfumó la seda

de tus cabellos!... Bajo la arboleda
nos dijimos ¡adiós!... Y en un exceso
de orgullo y de rencor, quitóse el preso
sus cadenas de rosas... ¡Dios conceda

a tu alma la dicha ambicionada!
Yo, en las frías tinieblas de la nada
con pasos de sonámbulo me pierdo...

Y aullando de dolor, sobre la arena
del pasado, mi vida es una hiena
devorando el cadáver de un recuerdo!

XIV

En la blanca terraza que el ramaje,
del vecino jardín, del sol protege,
¿el blanco ensueño de tus manos teje
otro sueño, más pálido, de encaje?

¿Aun sientes las nostalgias de un viaje
que del paisaje familiar te aleje?
Nuevo cielo... Otro estanque que refleje
la novela de amor de otro paisaje...

Novedades sin fin... Montes, barrancas,
verdes montañas y casitas blancas...
Un río, una ciudad, una laguna...

el mar azul y el escondido puerto...
Y tú y yo, los dos juntos, a la luna,
sobre las soledades del desierto!

XV

¿Dónde la blanca casa y el furtivo
idilio entre los álamos? La clueca
con sus áureos polluelos, y la rueca
de plata donde hilabas, bajo el vivo

oro del sol? Tu rostro pensativo
palideció al sentir una hoja seca
rozar tu sién... Tu voz tuvo una hueca
sonoridad de tumba. En un olivo

graznó, al volar, un cuervo, proyectando
lo fugaz de su sombra... A su aleteo
todo tu cuerpo se quedó temblando...

Mas ni un grito, ni un gesto proferiste...
Y desde entonces sin cesar te veo
pálida y muda, resignada y triste.

XVI

Se extingue dulcemente. Sólo un grano
queda, no más, en su reloj de arena...
¡Verso, florece como una azucena
en la mística albura de su mano!

Ni lágrimas, ni rezos... Todo en vano...
Se muere de ser pura, hermosa y buena...
Embellecen las lágrimas su pena...
¡Signa tu frente, verso, y sé cristiano!

Amortajad su palidez de perla
con la luna, y venid a sostenerla
con azucenas, que después seréis,

¡oh, mis blancas y místicas canciones!,
ángeles que sus restos transportéis
en el Milagro de las Ascensiones.

XVII

A solas se encerró con su secreto
igual que en una tumba. Nadie sabe
la razón de su pena, ni la clave
de su felicidad, ni aun el objeto.

que oculta bajo el manto. ¿Un amuleto
contra el olvido? ¿O quizás la llave
de un recuerdo? ¡La vida ante su grave
serenidad se postra con respeto!

Hasta sus ojos tienen la ceguera
de una antigua escultura... Se dijera
que es de mármol también... ¿Será uno de esos

ángeles que en las viejas Catedrales,
guardan los sueños para siempre presos
en la paz de las urnas sepulcrales?

XVIII

¡Amor, terrible amor, que siempre has sido
bandido en tierra y en el mar pirata!...
¡Mis galeras cargadas de oro y plata
en tus rapaces manos han caído!

En vano sin cesar te he perseguido...
¡oh, vil ladrón que acariciando mata!,
hasta que al fin te hallé en una ingrata
pupila de mujer, adormecido!

Prisionero de guerra, amor, te he hecho,
en la propia cubierta de tu nave,
y no esperes que indulto te conceda!...

Te encerraré en la torre de mi pecho,
y echaré al fondo de la mar la llave,
para que nadie libertarte pueda.

XIX

En el hondo silencio cartujano
de estos amores vagos e inconcretos,
para acuñar tu imagen en sonetos
fué infatigable en la labor mi mano.

A golpe de cincel domé el arcano
del sonoro metal, y sus secretos
maravillosos fueron amuletos
contra los dientes del dolor humano.

¡Más que nosotros vivirán! Un hombre
humilde, en una época lejana,
bajo la tierra encontrará el tesoro...

Y en el metal descifrará tu nombre
de dulce y pía emperatriz cristiana
al pie de tu perfil tallado en oro.

XX

Para guardar los últimos despojos
de estos amores trágicos y raros,
en el bloque más cándido de Pharos,
con firme pulso y vigilantes ojos,

cincelaré un sepulcro. Y sobre rojos
almohadones de pórfido, los claros
y pétreos sueños de este amor, avaros
custodiarán tu porvenir de hinojos.

Refulgentes de oros y de gemas
entierro tu recuerdo en mis poemas,
como en un Escorial de pedrería.

Y para custodiarte, eternamente,
sobre tu tumba doblará la frente
el angel tutelar de mi Poesía.


LAS HORAS DEL DESEO



LAS HORAS DEL DESEO

I

Desángrase la tarde en tus ojeras
con fugas de amatistas y rubíes,
en tanto que, enigmática, sonríes
a la ambigua ilusión de mis quimeras.

Sobre el mar se recorta, incandescente,
tu señoril y heráldica silueta,
en los oros sangrantes y el violeta
de la profusa tarde decadente.

En el áureo verdor de la arboleda
diafaniza la luz tu piel de seda.
Bajo el rojo dosel de tu sombrilla

que en el incendio del ocaso arde,
en el rubí de tus pupilas, brilla
la crueldad lujuriosa de la tarde.

II

Todo es viva colmena de alegría.
Campanas de cristal tocan a fiesta,
y el sol hace brillar a la floresta
con su capa pluvial de pedrería.

Bajo la transparencia azul del velo
que idealiza tu cálida hermosura,
reflejan tus pupilas la ternura
de los zafiros pálidos del cielo.

En los ustorios trémulos del río,
a la clásica sombra de las parras,
con tu belleza y mi lujuria a solas,

eres símbolo humano del Estío,
con tus cabellos áureos de cigarras
y tus senos sangrientos de amapolas.

III

En una insinuación de ofrecimiento
tu mano abandonaste entre la mía.
Calor de nidos y de paz, el viento
en la tarde y nosotros, difundía.

Olía a rosas tu corpiño blanco,
y mostrando, al pasar, con la mirada
la soledad propicia de aquel banco,
suspiraste a mi oído:—Estoy cansada.

Y en el musgo, que amparan las umbrías,
te reclinaste silenciosamente,
con una leve repulsión caduca.

Y tu pudor baló sus elegías,
como un cordero que, temblando, siente
los dientes del león sobre la nuca.

IV

Junto a la fuente que alza en la glorieta
la alígera blancura de un Cupido,
entre mis brazos suspiraste inquieta
bajo el fragante naranjal florido.

Desabrochó mi mano el camafeo
que a los hombros la túnica prendía,
y tus senos, hinchados de deseo,
su mármol dieron a la luz del día.

Mas alzando de pronto la cabeza,
en un gesto de orgullo y de fiereza,
de tu cabello desataste el nudo,

y a tus senos rodó su áureo tesoro,
¡para envolver a tu pudor desnudo
en su manto imperial de seda y oro!

V

¡Oh, divino temblor! Cuando desnuda
por vez primera a la mujer amada,
qué torpe nuestra mano desanuda
la efímera ilusión de una lazada!

Ella de nuestros brazos se desprende,
y al suelo baja su mirar sereno,
y con las manos ocultar pretende
las magnolias de mármol de su seno.

Nos mira, con mirada lacrimosa,
busca un refugio sin saber adonde;
hasta que al fin, ligera y ruborosa,

burlando nuestros lúbricos antojos,
entre las blancas sábanas se esconde,
subiéndose el embozo hasta los ojos!

VI

Deja que el velo de tu cuerpo aparte.
Mármol será, bajo la azul esfera.
Ya floreció la nueva Primavera
para darte dosel y enguirnaldarte.

Desnuda cual los mármoles, mi Arte
así te quiere ver. La vida entera,
extáticos los ojos, estuviera
postrado ante tus pies para adorarte.

Es la Belleza imperturbable y muda
la única religión en la que creo,
y tu belleza, para orar, me basta.

No temas que mirándote desnuda
enturbié mis pupilas el Deseo...
La desnudez, si es bella, es siempre casta.

VII

Bajo el sol de la tarde nazarita,
junto al fausto oriental de tu belleza,
soy un mendigo escuálido que reza
en el áureo mirab de una mezquita.

Yergues tu rostro astral y resucita
con una salomónica grandeza,
en el bronce inmortal de tu cabeza
el gesto iniciador de Sulamnita.

Y ya libre de escrúpulos serviles,
en el regio crepúsculo sonoro,
sobre el verde tapíz de la enramada,

con mis manos voraces y viriles
de su estuche imperial de seda y oro
tu cuerpo desnudé como una espada.

VIII

En el silencio del jardín la sombra
tiene un nupcial perfume de rosales.
hay diamantes de estrellas en la alfombra
y un éxtasis de luna en los cristales!

En la baranda del balcón aguardo
—y en laberintos lúbricos me pierdo,—
ese vago y sutil olor a nardo
con que suele anunciarse tu recuerdo!

Con sus áureas molduras se vislumbra
el tálamo dormido en la penumbra,
que espera en el silencio de estas noches,

esa caricia imperceptible y única
que producen las sedas de tu túnica
al desprenderse de sus áureos broches!

IX

Palidece tu rostro sobrehumano;
mirándote en mis ojos te extasías,
y trémula de amor entre las mías
siento latir las venas de tu mano.

Levantas la cabeza con un gesto
de entrega, y tenebroso y ondulante
sobre la palidez de tu semblante
desciende tu cabello descompuesto.

Sonríes, con los dientes apretados,
y tus dos senos tímidos parecen
bajo la gasa que te vela el pecho,

dos niñitos mellizos asustados
que, abrazados al cuello, se estremecen
bajo las blancas sábanas del lecho!

X

Siento una postración de cosa muerta
y una vaga inquietud de cosa viva
dentro de mí... ¡Oh, ven, boca lasciva,
y háblame, como ayer, en la desierta

cámara silenciosa y empolvada
donde quedaron para siempre impresos
la musical lujuria de tus besos
y el fosfórico ardor de tu mirada!

En el revuelto lecho, la fragancia
cálida de tu carne, da a la estancia
un aroma sutil a ramos secos

de azahar, y los ropajes blancos
como moldes de amor guardan los huecos
que dejaron tus senos y tus flancos!

XI

Las pompas imperiales de tu fausto
de orgullosa princesa bizantina,
me dejaron exánime y exhausto
sobre las sedas de tu piel felina.

Y como aquel que conquistó un tesoro
o ganó en la batalla una corona,
me dormí triunfalmente bajo el oro
de tu regia melena de leona.

Y del alba a los míticos destellos,
a través del temblor de tus cabellos,
miré, sobre el tapiz florelisado,

—prendas que abandonaste en la derrota—
algún áureo collar desengarzado
y alguna cinta ensangrentada y rota.

XII

Quedó en mis manos un jirón de encaje;
te escapaste de mí como una sombra,
mas al huir, se te enredó el ropaje
y rodaste de espaldas en la alfombra.

Te curvé bajo el yugo de mis brazos,
y de mis dientes la caricia ruda
rasgó cendales y deshizo lazos
hasta dejar tu castidad desnuda.

Y allí, sobre la alfombra, entrelazadas
las sombras como hiedras agitadas,
confundidas en un bárbaro grito

nuestras bocas raspantes y lascivas,
resucitamos el antiguo mito
del amor, en las selvas primitivas.

XIII

El índice en el labio sonriente
y la mirada prometiendo goces,
ante mí apareciste, de repente,
como al conjuro de mis propias voces.

Y replegando el cortinón de seda
carmesí, que a tu alcoba impide el paso.
—Entra—dijiste, con la voz tan queda
como un temblor agónico de raso.

Y sobre los moriscos almohadones,
nuestras carnes y nuestros corazones,
como dos pareados acoplamos.

Rimamos todos los diminutivos,
y el divino soneto terminamos
con un temblor de puntos suspensivos.

FIN



INDICE

Págs.

Claveles rojos 7
En el templo del vicio 17
Los jardines de Afrodita. 31
En el harén. 45
El libro del pecado. 57
En la alcoba 93
Trovas de amor 109
Camafeos 137
Las horas del deseo. 159



OBRAS POÉTICAS

DE VENTA EN ESTA CASA EDITORIAL

Obras poéticas de José Espronceda.—Con ocho láminas, 2 *pesetas.*
Obras completas de D. Ramón de Campoamor.—Cuatro tomos ilustrados. Cada tomo 2 *pesetas.*
La poesía en el mundo, por M. R. Blanco Belmonte.—Un tomo ilustrado, 2 *pesetas.*
Parnaso argentino.—Con retratos, un tomo 3 *pesetas.*
Parnaso cubano, por Adrián del Valle.—Con 42 retratos, 2 *pesetas.*
Poesías completas de José Santos Chocano.—Un tomo, 2 *pesetas.*
Poesías escogidas de Juan de Dios Peza.—Un tomo, 2 *pesetas.*
Obras de Manuel de Acuña.—Un tomo con 8 ilustraciones, 2 *pesetas.*
Poesías de Antonio Plaza.—Un tomo ilustrado, 2 *pesetas.*
Pasionarias, por Manuel Flores.—Edición ilustrada, 2 *pesetas.*
Futilezas, por J. Ferrer Esteller.—Un tomo en tela, 2 *pesetas.*
Poesías de Andrés Bello.—Un tomo, 2 *pesetas.*
El parnaso chileno.—Un tomo ilustrado con 30 retratos, 2 *pesetas.*
Poesías de Olegario V. Andrade.—Un tomo, 2 *pesetas.*
Poesías de José Asunción Silva.—Con un prólogo de Unamuno. Un tomo en rústica, 2 *pesetas.* En tela, 3 *pesetas.*
La Araucana, por Alonso de Ercilla.—2 tomos de 320 páginas cada uno. Precio de la obra completa, 3 *pesetas.*
Poesías completas de Salvador Rueda.—Un tomo en 4.º, de 576 páginas, con el retrato del autor, 5 *pesetas.* En tela, 7 *pesetas.*
Parnaso nicaragüense.—Un tomo con retratos, 2 *pesetas.*
Poesías completas de Ricardo Palma.—Un tomo, 2 *pesetas.*
Poesías escogidas de Manuel Machado.—Un tomo, 2 *pesetas.*
Mi patria y mi dama.—Poesías de J. L. Cordero. Un tomo, 2 *pesetas.*
Rosas de pasión.—Poesías de Carlos Miranda, con un prólogo de Salvador Rueda. Un tomo de 288 páginas, 2 *pesetas.*
Parnaso español contemporáneo, antología completa de los mejores poetas, por José Brissa.—Un tomo en 4.º de más de 500 páginas, 5 *pesetas.* Encuadernado en tela, 7 *pesetas.*
El parnaso Mexicano.—Antología completa de sus mejores poetas. Dos voluminooss tomos, 4 *pesetas.*
Parnaso salvadoreño.—Un tomo en rústica, 2 *pesetas.*
Parnaso peruano.—Un tomo en rústica, 2 *pesetas.*
Parnaso dominicano.—Un tomo en rústica, 2 *pesetas.*
Cantos de vida y esperanza, por Rubén Darío.—Un tomo 2 *pesetas.*
Poemas de Enrique Heine.—Un tomo, 3 *pesetas.*
Mis mejores poesías, por Francisco Villaespesa.—Un tomo, 3 *pesetas.*
Parnaso Antillano.—Un tomo, 3 *ptas.* en rústica, y 4 *ptas.* en tela.
De España y de América, por Narciso Díaz de Escovar y Joaquín M.ª Díaz Serrano.—Un tomo, 3 *pesetas.*



